

**Segundo Concurso
Nacional de Poesía
UIS - 2010**



Dirección Cultural

SIEGA

Felipe García Quintero

Universidad
Industrial de
Santander



Dirección Cultural

Bucaramanga, 2011

© *Universidad Industrial de Santander*

Segundo Concurso Nacional de Poesía - 2010

© *Felipe García Quintero*

Universidad Industrial de Santander

Dirección Cultural

Rector UIS: Jaime Alberto Camacho Pico

Vicerrector Académico: Álvaro Gómez Torrado

Vicerrector Administrativo: Sergio Isnardo Muñoz

Vicerrector de Investigaciones: Óscar Gualdrón

Director de Publicaciones: Óscar Roberto Gómez Molina

Dirección Cultural: Luis Álvaro Mejía Argüello

Impresión:

División Editorial y de Publicaciones UIS

Coordinador Editorial: Luis Álvaro Mejía A.

Primera Edición: Febrero de 2011

ISBN:

Dirección Cultural UIS

Ciudad Universitaria Cra. 27 calle 9.

Tel. 6846730 - 6321349 Fax. 6321364

Página Web: <http://cultural.uis.edu.co>

Correo electrónico: divcult@uis.edu.co

Bucaramanga, Colombia

Impreso en Colombia

*¿Que saisir sinon qui s'échappe,
Que voir sinon qui s'obscurcit,
Que désirer sinon qui meurt,
Sinon qui parle et se déchire?*
Yves Bonnefoy.

**Du Mouvement et
de L'Immobilité de Douve, 1953**

(¿Qué asir sino lo que se escapa?
¿Qué ver sino lo que se obscurece?
¿Qué desear sino lo que muere,
sino lo que habla y se desgarrá?)

Traducción de César Vásconez Romero.

Contenido

Res y Verba....9

Viento....19

Astro del triste....47

La tarde del mundo....65

Ciudad de Dios....79

Tajos....101

Los huesos y el aire....111

RES Y VERBA



Siega

Res

I.

La vaca muerde la hierba
y su aliento estremece la luz del polvo lunar.

Temblorosa es la música entre sus patas,
hondo el respirar del viento.

La cola que aparta las moscas
flota, rema.

II.

La vaca llama a ser vista por sus grandes
ojos abiertos.

La lentitud y no la hierba es lo que cavila en la
paciente sombra.

Tiento la tierra que la junta al cielo.

Montaña de sólo aire el pensamiento donde se
despeña el silencio.

III

Arriba en la montaña,
inmóvil, una vaca sola pasta.

A su sombra mis ojos buscan refugio.

La vaca mística de la infancia
sobre el llano alto, casi en las nubes.

Un poco de ese fulgor toca mis manos,
sólo entonces, en cada piedra, el horizonte nuevo.

Verba

I.

Las moscas llegan a la carne aún viva, latente
de sueño.

Rondan, en su vuelo la ciñen.

Ese ruido pequeño despierta la piel con grandes
anuncios. Y el brusco tacto ciego tras ello va. No
sabe lo que persigue.

Las moscas cercan los ojos, la vista toda nublada en
la voz ausente del aire.

II.

El posarse del insecto en la carne aún viva,
latente de sueño.

En la piel deseante del manotazo tordo, sin luz, que
abre una zanja en el aire, mientras la fugaz sombra
ya no está.

Lento suceder de la nada.

Risas de mono, gestos sin nombre de la música
humana.

III.

Por ellas la atención de quien intenta vivir se
apoca.

Por ellas el pensamiento se hace sombra; noche
todo vuelo, por ellas.

IV.

En la hoja escrita se posa la mosca.

Son múltiples miradas este encuentro del suelo
constelado.

No hay extensión imposible para el hondo palpar
absorto.

Quizá todo lo cubre —zumbido ciego en el oído—.

Ni el libro cuando se cierre lo podrá saber.

Letra, entonces, sangre.

La cabra

Como Umberto Saba, he hablado a una cabra.
Y como hoy yo mismo, estaba sola en el prado, atado,
como ella también de noche, a un viejo laso, haíto de
hierba. Bañado por la lluvia, igual, balaba.

Ese su balido, como ahora el poema, era fraterno a
mi dolor. Será porque yo hablé primero que la cabra
entonces se acalló. Y porque el dolor es eterno, dice
el poeta, tiene una sola voz y nunca cambia.

Mi voz escuché al gemir de la cabra solitaria.

VIENTO



Uno.

1.

Abiertos los ojos
la noche adentro reposa.

El sosiego y sus latidos como un rumor parpadean.

Y es el aire un nombre dicho a lo lejos.

Tan cerca estamos del oscuro brillo del silencio.

Su nombre, en la ceniza, inmarchitable.

2.

Al mirar el océano de la noche,
su hondo resplandor estremece.

Tanto silencio junto a esa orilla que en la voz de la
tiniebla el cuerpo palpita.

Oscuro, los huesos, de aire,
abiertos los ojos tocan su sombra.

Ante la mudez, nube cada latido.

3.

Esta noche una luz vecina se enciende.

Puedo imaginar el paso de la sombra plena de un
cuerpo apenas visto.

La hierba, bajo la lluvia, es mirada.

La más antigua esperanza.

Me basta, por ahora, el augurio de estas voces
aún calladas en mí, como cosas del viento.

4.

Clausura de la noche.

Gastados cabos por el fuego que la oscuridad
consume.

En el aire detenido de la voz un hilo de oro se
templa.

Con temor el misterio acoge lo cerrado por la
mirada.

Si los labios secos, en un puño todo el cielo.

5.

No caber en ella, lejana fue.
Tan honda de silencio su plena oscuridad.
Impronunciables pasos de estrella.

Ahíto de uno la voz sin cuerpo.
De rostro sonoro, la música callada.

Las manos en el aire como ramas,
desasidas por el adiós oculto del viento.

6.

En la noche camina el día buscando su
sendero.

Que pronto sea, me digo,
echado en la hierba blanca de su silencio.

Despierto en los labios que mis ojos abre.

El cielo de ver reposa en el viento.

7.

Muerde la rabia los huesos.

Fuego de una sombra roída.

Pronto es viento la carne iluminada por el silencio
de la noche.

Porque será eterno su olvido,
de repente el cuerpo recobra sus latidos.

8.

Tan cierto como la voz esta mirada al sol, sus
sombras aquí, ajeno de todo cuanto ilumina.

Su presencia vencida ante el eco del presente, ni
una sola brasa menos o un rescoldo de aquel fulgor
lejano.

Mas el día nace
y en él levanta cada cual, victorioso, sus cenizas.

Siega

Dos.

9.

Encontrar un camino diferente al tiempo
hundido en la piel.

Una ruta distinta, otro cuerpo, tal vez, que abra el
día y lo recorra, sin aliento.

10.

El aire deshojándose en días.

Con los pasos la memoria se habita.

Que sea pasajero tardío del cuerpo en reposo.

Entre leños las piedras de los años arden.

11.

Como juego de niños la sangre libre trata de inventar, con su tropel de fuego, un nuevo camino.

Y en la risa abierta ya no germina la herida,
sólo el viento precisa su bandera.

12.

Lo dispar encuentra su par.

La unidad diversa de lo disperso.

Lo múltiple se ajusta y encuentra
haciéndose uno y otro, distinto.

13.

Resta espacio porque hondo es.

Sobra cuerpo donde mirar.

Río vertical o nubes del llanto, este campo abierto.

Todo allí cabe y crece.

Sí. Nada sobra, ni restos o despojos.

Silencio adentro crece lo enterrado.

Tres.

14.

En el plato vacío sólo queda el hambre.

Llena de huesos todo.

Y con nosotros la mesa blanca. Limpia como una
brizna de luz en la mañana.

Iluminados despojos.

Con un poco de su viento es vino la sangre que
apuramos.

15.

Mientras crece la hierba
al cielo puro del hambre me abismo.

Su aire me recorre como a un paisaje yermo.

Vastas llanuras la mirada siega.

Si oída el habla en el plato vacío,
sólo el eco de su callar nos sacia.

16.

Para el hambre vive el cuerpo.

La risa, en el fulgor del miedo, se atesora.

Vencido león que entra por los ojos.

Reservado grito en la luz del llanto.

Cuando la noche se hace voz del que canta, se bebe
un poco de agua vacía, ya sin recuerdos.

17.

Como la hogaza de pan tajado sobre la mesa,
repartir la callada tristeza en trozos iguales.

Sus migas oscuras siempre a la boca vacía, que
ahora sonrío y turba el llanto.

Cuatro.

18.

El corazón es furia de metal incierto.

El cielo de la hierba ha dicho el azul del blanco y
lento suceder de las nubes, al solitario viajero.

Y lo que puede callar con la mirada es visto.

Los labios, apagados también, murmuran el aire,
cuando dan nombre al viento.

19.

El viento mismo que en las ramas posa su
sombra.

El pájaro atado al aire que deja en los ojos sus alas
estremecidas de luz.

Así todo cuanto la voz toca es visto para decir el
camino
de lo que un día fue nube.

20.

El aire en tu mano
deja otra mano de aire.

Viento para hablar al viento,
el tormento de ser luz,
de llamarse olvido.

Brazas del perdón,
no extingan esta sombra arrancada
de un sol infantil entre la voz,
profundo de permanencias.

21.

Yo lo vi. Fue así:

Un río de oro puro, largo y hondo, brillaba en mis
ojos cerrados.

En su nudoso latir, valle adentro, una selva solitaria
era la montaña líquida del sol.

Y de pequeñas escamas en su lomo blanco 3 pájaros
navegaban ese cielo.

22.

Lo que miras no hace el paisaje de tus ojos.

La fresca hierba, el cálido viento adentro, aún
gravitan en la voz que los llama, sin nombre ya, es
cierto.

Cuando lo mirado es sombra, cuánto lo visto en las
nubes, bajo el cielo, es por igual lo oculto en la luz.

Sin piel la mirada del cuerpo.

A ese horizonte entregas tu aliento.

23.

Muchas prendas acumula el día del cuerpo.
Los pasos ya en el suelo, la mirada en las horas.

Mirar los zapatos llenos de sombra, como antes
las camisas al sol, donde reposan afanes, sudores y
silencios.

Paisajes lejanos que vuelven y son ahora latido del
viento.

24.

El peso del silencio cuando camino, las
piedras afiladas bajo mi voz.

Los zapatos nuevos, dentro de ellos el aire oscuro
del cuerpo.

Un diálogo entre muertos el horizonte.

Las luces marchitas de la ciudad en el pensamiento.

25.

Los muertos no cesan de hablar.

De escribir, incluso, en nosotros su muerte misma;
el aire de sus pensamientos, nuestra memoria suya
sin clausura.

Desde adentro lo que llega, todo lo que escapa allí
escrito queda.



ASTRO DEL TRISTE

a Paola Martínez Acosta



Ella

Interrumpe mi silencio,
la manera de callar que soy.

Cubre con mi voz su rostro
y miro en sus ojos un nuevo decir:
este suave naufragio del sonido en los labios;
en las manos este ocupar todo de la música.

Mientras el afuera yace oculto en la luz,
la escucho junto a la soledad de cada palabra.

Y cuando roto el nudo del cuerpo
descansa de tan hondo vivir,
su respiración en mi aire,

profunda y lenta,
de animal vivo bajo el cielo,
por vez primera frente a mis ojos apagados,
cerrados a la noche.

(tanta es la noche que veo en la oscuridad mi
sombra)

Ella interrumpe mi silencio,
la manera de callar que soy.

Un río

Cuando la vida termine de pasar por
nosotros.

Cuando el tiempo acabe de cubrir la desnudez de
cada verdad ya perdida.

Y no estemos en la tierra
ni en el aire de los recuerdos.

Cuando el cielo sea por fin abrigo del hambre;
para el miedo, cuanto frío.

Ni más esta mancha mutua.

Cuando el cuándo repetido sea un nuevo sol
entonces

Tú o yo, un río.

Cielos

Con los perros del hambre
y los lobos del abandono,
con la hiena del amor.

Con todos mis animales te busco.

Prepara los maderos,
enciende las antorchas,
limpia el silencio de los hierros,
con la voz que me delata
como un trozo de montaña
cuando cae. Como una flauta
en el viento
suena mi mano temblorosa.

Prepara mi celda
en el abismo del mar;
en el abismo del cielo
prepara mi lecho.

Con todos mis animales te busco.

Ángel necesario

Que la luz sea en ti muchacha
como el agua es en el río tiempo
en que fluye tu cuerpo.
Piedra de muerte contenida
atravesada por el aire que respira el viento.

Que la luz sea en ti muchacha
como el aire es en el polvo tiempo
que sostiene el cielo.
Piedra de muerte suspendida
lanzada por el viento que respira el aire muerto.

Muchacha,
que la luz sea en mi vuelo aire,
tierra bajo tierra en mi cuerpo,
para que la vida fluya
como fluye el río de la infancia seco,
cuando inunda al corazón sediento.

Muchacha,
que la luz sea en mi ceniza sangre,
música de polvo cierto,
para que la vida sea vida
que al tiempo robe tiempo.

Fe

Debo creer que soy yo el hombre
y eres tú la niña. Y el mundo aquel silencio
que habitamos con los ojos cerrados.

Porque el corazón olvida
la sangre que lo riega,
debo creer en las palabras que no tengo
y que son todas las palabras de tu nombre.

Debo creer que soy un tanto de tierra,
algo de viento en la casa de tus ojos,
en el cielo de tu risa.

Vigilia

Quemantes,
como el filo nocturno de la espada,
sus labios beso.

Si ahora las manos buscan en su cuerpo,
no encuentran ya el aire del perfume
que ató mi sombra con el sueño.

Muchacha del viento

La que pasa por el sol y no es sombra.

La que ninguna lluvia acalla
ni voz alguna escribe
porque es luz del canto.

Así su andar entre rincones,
por aleros altos de calles ausentes.

Por los hondos sembradíos en que pasta el deseo,
la muchacha del viento florece.

En la distancia fugitiva de las nubes
la veo reposar, en la piedra profunda latir,
sobre la piel del agua donde abreva el aire.

Como la risa sus cabellos locos en mis torpes
manos.

La deseada sin cuerpo

Dos o tres veces dijo mi nombre,
y fui algo en su labios,
más que el solo aire, lo sé.

Ahora es mi verdad
esa manera suya de callar.
Apenas la forma de contar
en el cuerpo los días,
este antiguo momento fugaz del viento.

Ahogado de ti

para Susana

Yo caminaba hacia donde nada sabía,
mas mi corazón nunca se detuvo.

Porque la sangre primero late bullendo un nombre,
de amor, ante tu aliento, temblé.

Dije a tus ojos cerrados: *siempre te veo*.
Luego la luz fue un solo llanto.

Oscuro es mi camino de piedras en la noche
apartado,
y brillan en mi pecho su filo las estrellas de blanca
lejanía.

El aire de ti escucho venir, libre
y oculto suceder en el rincón del mundo contigo.

Astro del triste

La felicidad de un hombre triste no consiste
en reír.

Poca la risa lo alegra.

Y puede no estarlo, sentirse alegre cuando ríe.

Aunque pertenezca,
la risa siempre es ajena al cuerpo que asalta.

Mientras dura su música,
todo el aire del tiempo,
como el temblor del eco en el aire,
es un latir eterno.

La felicidad de un hombre triste está en su silencio.
Esa flor suya que todo marchita.



*LA TARDE DEL
MUNDO*



ES TIEMPO DE MARCHAR entre las piedras. De ir bajo el sol de los venados, con el jinete muerto sobre el lomo oscuro de la montaña.

Es tiempo de recoger las armas del lenguaje e intentar sepultarlas en el viento, para borrar cualquier brillo de la sangre.

Es tiempo de entregar el cuerpo al camino desolado del habla, tantas veces dicho, otras más olvidado en la lengua que pronto será un poco de fuego para el incendio nocturno de la rosa.

CONTEMPLAS los enseres de tu alma:

Siempre cuatro paredes abrazan el cielo para no ser la misma casa. Y en tu plato el hambre se alimenta de miradas.

Contemplas el volver de tu mano entre el polvo. Sientes algo de triunfo, de vana gloria.

Porque el polvo escrito es la lluvia de tu propia carne. Una corona con que la mano de la ruina recibe tu cuerpo, para luchar contra el viento y las hojas y su árbol, con paciencia, sin saber cuál es el verdadero enemigo.

DEL AMOR, ¿todo se perdió?

De la historia restaba quitar las palabras de los hombres. Desatar las manos de los muertos para la batalla profunda. Arrancar el cielo de sus miradas y abrir los ojos al vuelo del gusano que devora los manuscritos.

Restaba decir el nombre del polvo lejos de la lengua y su memoria. Expulsar de nuestro pecho la imagen del dios que en su honor vencimos, para decir la gloria en la ceniza del nuevo día.

Restaba clavar la bandera en los ojos del rey.

LUCHAR POR LO BELLO contra lo bello perdido es la batalla del cielo en la tierra dura, donde el caballero vela su cuerpo con la flor cansada de la fe insepulta.

Con amor enlutado vagar tras la princesa en sombra.
Ir entre el fuego del castillo consumido.

Acaso ya la fábula del fruto y la serpiente del mago en vigilia que el tiempo desvanece, sean demonios del ángel que sin ti ha huido.

TODOS LOS DRAGONES, como delirios del fuego, se consumieron en tu fiebre.

Cada príncipe de las aguas fue tierra náufraga, y de otros cielos, menos amargos, las princesas son ya lo que la espada en los labios: sueño del amor, herida.

Todos los castillos abolidos. Y la piedra llama de polvo.

Pero quedan para tu canto las ratas poeta para tu canto.

PARAR EN UN CAFÉ sólo para tener un lugar donde escampar la tarde lluviosa y con ella aprender a callar.

Porque el frío y el silencio sobre la acera también conversan con el agua.

De vez en cuando levantar la mirada y ver por la ventana a la escasa gente que camina y atisba por un instante nuestro ver nada.

Como al ruido y la distancia se entrega la voz, asir lo mismo del tiempo, hoja tras hora, para ser acaso nombrado.

Inconcluso por siempre, y para nadie escrito, también a la deriva el naufragio del poema que rompe aguas y solo parte.

EN LA CAJA del supermercado se leen poemas.
Entre los pasos, el ruido del alta voz; sobre el tiquete
mismo de compra tirado, se escriben unas líneas.

Así lo inconmensurable crece sin registro, y es lo
que dicta la plana en blanco de un mundo de sólo
miradas.

Ver entorno a la gente absorta en sus mercancías.
Todo lo medido aparece, cada cosa pesada en el valor
exacto del silencio.

CAMINO LA CALLE, su ruido diario, y es tan bella su impureza que voy con mis ojos por el polvo de la acera tocando estrellas.

Contiguo a los aleros rotos el sol derribado. Y a un lado, la niebla de tantos huesos llamea.

Lima, 2005

TERMINA LA TARDE y la lengua que la nombra no es parte del paisaje.

Embates quedan de esa voz bajo la brisa que escapa del viento.

Como las palabras del día en que la noche mira los ojos del horizonte cerrarse. Así el amor en su huerto sin riberas.

EL DOLOR CEDE, se hace nube, cielo de otra tormenta.

El aire es más claro en la voz y menos sombra la hierba del día.

Recorre el camino de los pensamientos. Se dice un nombre y sus letras filosas como piedras ruedan.

Todo lo miran con entereza.

Se está solo, dentro de un momento será luz la paciente mano empuñada.

TODOS LOS OLVIDOS, cada silencio, paso o ademán poblándose de sí mismo.

Como nube en el cielo ahogado de una pregunta. En cada pájaro, un nombre perdido va, alado yace.

Así todos los vuelos y caídas para la cuesta de la montaña solitaria, la que asciende en el río viajero del cuerpo, hacia el aire incierto.

NUNCA TUVIMOS NADA. Jamás algo fue nuestro.

A cuestras todo el aire, rebaños lejos del señorío.

Viento solo viento en los ojos enterrados.

Si crecimos libres con lo perdido ¿por qué, entonces, la queja ante el incierto arribo en cada puerto nuevo, de los años que pasan por la risa, como el cielo, sin alegría?

Mas ahora, en los labios cerrados ya, la fresca hierba otra vez renace.

CIUDAD DE DIOS



Ciudad de Dios

(fragmentos)

*Nada en orden. Todo roto
a punto de ya no ser.*

José Hierro. **Alegría**, 1947

I.

1.

Tu nombre sin voz,
agua de mi sed.

Tus huesos en el hambre,
junto a los perros que alimentan a sus dueños de
amor,
tu corazón en la muerte late;
en silencio su furia ciega.

2.

Sobre las manos del viaje,
el hoy sin rumbo señala la tarde del mundo
en que te escribo:

Recordaré el morir
cuando la vida me olvide entre tus calles.

Porque el amor será también un cadáver, tu
calavera.

3.

¿Cómo amar los despojos de una promesa?

La infancia esa sombra libre, tal vez, como
una montaña de viento fuera.

4.

La cal de esa desnudez oscura
te viste.

Viento,
sopla adentro lumbre de mi ceniza.

Quema la oscuridad.

Silencio habla.

5.

Ciudad no vuelves,
si te fuiste de mis ojos y de mis manos.

Y ahora yo te veo sin mí venir como
agua despeñada en la garganta. Relámpago
oscuro de mi voz:

hablo, cavo;

hablo, cavo;

hablo, cavo;

hablo y soy
el vacío del
aire.

Cavo mi tumba, mi regreso.

6.

A solas queda la voz de quien escucha irse
y desentierra sólo huesos,
la brisa de nuestro callar.

7.

Sobre la orilla del recuerdo ahora la paz de un
nombre reposa.

Así transcurre el río muerto que en sus aguas fluye.

Para una canción basta el cuerpo
de la sombra tejida por el horizonte.

Canto de la piedra, templos,
pedir a la muerte olvido.

8.

¿Será preciso el aire para ver desnudos el río del
todo hundirse?

9.

Mas cuánto era lo bello de decirnos nada,
y como la carne en la madera,
otorgar siempre la mirada abierta del silencio.

Si acaso reír un poco
mientras el cielo aún despierta
bajo el corazón de algún latido.

10.

Pero al amor,
 animal del miedo,
le nacen dientes y uñas
para morder la niebla del cuerpo
y arañar la sangre.

11.

Bella muchacha sin rostro.

Tu nombre sin voz,
agua de mi sed.

II.

12.

De lo que nunca veré llega lo que alcanzo a decir.

Ciudad mía sin mí ya de ti.

Y como el perro dócil me alimento sólo de lo que me dice mi boca, de lo que deja el viento en mi mano jubiloso de recibir su gravedad y entregar al mundo lo que es del mundo:

aire y piedras, los despojos del tributo.

13.

En los pasos de un animal torpe
tu nombre, palabra a palabra, es ruido, polvo.

De la inmensa quietud de una grieta contenida
en la voz ¿sabré tu decir algún día?

14.

¿Qué más resta si en las líneas de la mano miro las
calles crecer hasta ser del viento, saltar de la mirada,
ganar el puño del río y pulir sus piedras mansas?

Soplo todo, si cuando dar con el vano de un color fue
tropezar con una puerta que ya no mira más estos
pasos.

15.

O como de quién escuchar
estos tejados sobre el cielo
son tierra de tus ojos.

El adiós de aquél que cuando calla
mira otro nombre en el agua y es el mismo
por la lluvia escrito.

Feroces hierros para arar el río
con el soplo de las piedras:

así cada guerra una siembra nueva.

Siega

16.

Y porque hemos hablado parece habitado el mundo.

Mas nunca del cuerpo predecir el sueño justo.

III.

17.

Quién por el día vendrá
labra entre las piedras su mirada.

Y en el follaje de un árbol anida el viento.

Ese decir del bosque cesa cuando la sombra florece
con la noche, y de nuevo todo es ya aire de un hondo
respirar.

La gota en la luz, por su peso, demora en caer.

18.

Eco lo que pulsa el agua.

Su coro inclemente en la acera modula las sombras
que encienden la llama de atizar el silencio.

Cuando la ciudad va en el cuerpo y es voz, luego humo,
sin lumbre las calles de invicta mirada.

19.

Querer no estar. Ser. Tan sólo palpar la voz de lo
invisible. Pero sin constar o ser visto. Tampoco ver el
silencio como sombra de un cuerpo ausente. Despertar
de la noche en la hierba que le acaece siempre al día.

20.

Para quien la oscuridad abre sus ojos opulentos,
vacíos,

sólo basta callar lo que por demás es olvido.

Con todo así será lo dicho el enmudecer sin más,
no tener a quién decir que hemos muerto.

21.

Ver el cielo flotar en el aire.

Y extraña en la mirada parece la ciudad al fondo de
la mano.

Por la acera sólo el aliento de aquello que estuvo en
los labios, lo que empuñado no cabe en los ojos.

22.

Lleno de oraciones el silencio.

La sombra en vela con el aire de la mirada ausente.

Sin lumbre de cirios o murmullos florece el madero
cansado de la fe, aletea la mariposa en los labios
cosidos.

23.

A pesar de lo bello las cosas conservan su ruindad.

De allí el abandono propio de amar lo perdido.

Recordar que con maderas de humedad y fiebre los
mayores hicieron su fuego en la piedra.

Dejaron atadas sus tranquilas bestias y viajaron sin
dolor por el río de sus lágrimas.

24.

En los ojos ahora estas calles cavan luz,
allí donde todo ya es ceniza de otro latir.

Ciega llama de clamar al cielo con la voz.

25.

Fue de silencio el día encerrado en la mirada.

Mas ese aire ya no oscurece la hierba,
porque en la piedra el viento duerme.

Popayán, diciembre 31 de 1999

TAJOS



Siega

Encuentro con la paloma en el parque

Herida como yo
pero de aire distinto.

Fulgor

Bajo los ojos húmedos,
puro el silencio de la noche cautiva.

Vigilia

Para quien vela el cuerpo del agua,
quieto en su desvelo,
la llanura del viento arde.

Del paisaje

Aquel silencio a la sombra unido,
como una parte abandonada del cuerpo,
es lo mirado sin dolor.

Del cielo

Cae la piedra en el estanque.
El vuelo del pájaro se rompe.

De la espera

Enterrado en la lluvia,
la risa en sus piedras desnuda.

Temblor de lo fugitivo y eterno.

Del cadalso

Bellas maderas de olvido talladas.
Costado donde me duelo.

Escritura

De pronto imaginadas estrellas brillan,
las viejas letras del tiempo,
apenas descubierta su lumbre.

Beso

Coser a los labios el cielo.

El fuego a los huesos,
al viento la voz.

Siega

Del viento

El cuerpo sólo una vez.

Soplo a soplo lo dice
el aire una vez.

Visión

El caballo junto al viento, sin luna, pasta.

Otra sombra para verter los huesos.
Lo invisible a las manos desterradas.

Noticia del puerto

En la sed del agua naufraga el río.

De amar

A la herida invicta parte la sangre ciega.

El rostro fijo en la ceniza de algo indecible.

Digo mi ver

Brota de la luz quemada por los años
el fulgor cautivo de los ancianos en el parque.

Ese pastorear incansable la hierba de la infancia.

De la ceniza

Escuchar sin entender el silencio
cuando al viento lo apaga el fuego de una sombra.

La ventana

Tan pequeña es y humana,
como descuido de Dios.

Un día cualquiera
el traspíe da con su aire y vemos.

Del camino

La mansedumbre de la hierba
oculta el camino a los árboles.

*LOS HUESOS
Y EL AIRE*



Los huesos y el aire

*a la memoria de
Johann Rodríguez-Bravo*

Sucede que no podemos hablar; ocurre que es imposible decir. Todo el silencio se vuelve contra nosotros; una a una las palabras huyen, se alejan de las manos cerradas y, entonces, cada pensamiento naufraga dentro, sin llegar a orilla alguna. A ningún oído; a ninguna garganta tanto temblor. Imposible decir, imposible escuchar también.

Solo y de pie en los restos de tan grande hundimiento, la vida aparece; la inexpresada vida se levanta con sus muros, tapiando el cielo y el sol. Negando lo que vemos crecer, próximo a un follaje de pájaros, para los ojos quemados en su hoguera.

Pero la sangre es grito, grito que nos despierta al sueño mudo. Cuando esto pasa, en el corazón el silencio incesante; su eco abre el pecho que late como golpes impacientes ante una puerta clausurada.

De tanta e inútil elocuencia esta mudez ahora que camina ya sin camino; de la sangre rota otra vez sin salida; de la voz a oscuras, atrapada por la rabia; de los pasos ciegos por la memoria que trae sus imágenes leves de sombra, plena de claridad marchita.

Y allí estás, amigo de mi alma sola. Junto a tu risa, tu valor quiero conmigo; tu alegría en mi puño, además el deseo feroz, sólo tuyo, de mantener unidos los huesos y el aire: los pedazos de nuestra nada en el amor.

Adiós, guerrero, adiós.

Enero 3 de 2006